

pedirme. Consideré quán caro me costaba el Infierno, que á otros se dá tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veía que me condenaba á puñados, y que me iba al Infierno por solo el sentido del tacto. Si hablaba, solia (porque no me oyesen los demas que estaban en las rejas) juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos dias siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba tan baxo, que no me podia comprehender, si no se valia de trompetilla. No me veía nadie, que no decía: Maldito seas bellaco mongil; y otras cosas peores. Todo esto me tenia revolviendo pareceres, y casi determinado á dexar la Monja, aunque perdiere mi sustento, y determinéme á ello el dia de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son Monjas. Y no quiera V. md. saber mas de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la Misa la gimieron: no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, traxeron banquetas en lugar de sillas á la Iglesia, y muchos pícaros del rastro. Quando yo ví que las unas por el un Santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente de ellos, cogiéndola á la Monja mia, con título de

rifárselos, cinquenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ambar, y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra mas ancha, quise probar ventura. Lo que hizo la Monja de sentimiento, mas por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pio lector.

CAPITULO XXIII.

De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme á Indias.

Pasé el camino de Toledo á Sevilla prósperamente: porque como yo tenia ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor, y menor, y tenia la mano derecha encubridora de un dado, pues preñada de quatro paria tres, llevaba provision de cartones de lo ancho, y de lo largo para hacer garrotes de Moros, y ballestilla, y así no se me escapaba dinero. Dexo de referir otras muchas flores: porque á decirlas todas, me tuvieran mas por ramillete que por hombre; y tambien porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios, de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas, y modos de hablar, estarán mas avisados los ignorantes,

y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa. No te fies, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despavilar de una vela: guarda el naype de tocamientos raspados, ó bruñidos (cosa con que se conocen los azares). Y por si fueres pícaro (lector) advierte que en cocinas, y caballerizas pican con alfiler, ó doblan los azares, para conocerlos por lo hendido. Y si tratáres con gente honrada, guárdate del naype, que desde la estampa fue concebido en pecado, y que con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fies del naype limpio, que al que dá vista, y retiene, lo mas xabonado es sucio. Advierte que á la Carteta el que hace los naypes no doble mas arqueadas las figuras, fuera de los Reyes, que las demas cartas; porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la Primera, mira no den de arriba las que descarta el que dá, y procura que no se pidan cartas, ó por los dedos en el naype, ó por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de mas cosas: estas bastan para saber que has de vivir con cautela; pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. Dar muerte llaman quitar el dinero, y con propiedad: Rebesa llaman la treta contra el amigo, que de puro rebesada no la entiende: Dobles son los que

acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas: Blanco llaman al sano de malicia, y bueno como el pan; y Negro al que dexa en blanco sus diligencias. Yo, pues, con este lenguaje, y estas flores llegué á Sevilla: con el dinero de los camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida, y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuime luego á apear al meson del Moro, donde me topó un condiscípulo mio de Alcalá, que se llamaba Mata, y ahora se decia (por parecerle nombre de poco ruido) Matorrál. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra de ellas en su cara, y por las que le habian dado decia: No hay tal maestro como el bien acuchillado; y tenia razon, porque la cara era una cuera, y él un cuero. Díxome que habia de ir á cenar con él, y otros camaradas, y que ellos me volverian al meson. Fui, llegamos á su posada, y dixo: Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre, que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porque no lo tengan por maricon, abaxe ese cuello, y agovie de espaldas, la capa caída (que siempre andamos nosotros de capa caída), y ese hocico de tornillo: gestos á un lado, y á otro, haga vucé de la g, h, y de la h, g, y diga conmigo:

Gerida , mogino , jumo , paheria , mohar , habali , y harro de vino. Tomélo de memoria. Pres-tóme una daga , que en lo ancho era alfange , y en lo largo se llamaba espada , que bien podía. Bébase (me dixo) esta media azumbre de vino puro , que si no dá vaharada no parecerá valiente. Estando en esto , y yo con lo bebido atolondrado , entraron quatro de ellos con quatro zapatos de gotosos por caras , andando á lo columpio , no cubiertos con las capas , sino faxados por los lomos , los sombreros empinados sobre las frentes , altas las faldillas de delante , que parecian diademas , un par de herrerias enteras por guarniciones de dagas , y espadas , las conteras en guarnicion , con los calcañares derechos , los ojos derribados , la vista fuerte , bigotes buidos á lo cuerno , y barbas Turcas , como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca , y luego á mi amigo le dixerón (con voces mohinas , sisando palabras) : Seydor , só compadre; respondió mi Ayo. Sentáronse ; y para preguntar quién era yo , no hablaron palabra , sino el uno miró á Matorrales , y abriendo la boca , y empujando hácia mí el labio de abaxo , me señaló ; á lo qual mi maestro satisfizo , empuñando la barba , y mirando hácia abaxo. Con esto se levantaron todos con mucha alegría , y

me abrazaron , hicieron muchas fiestas , y yo de la propia manera á ellos , que fue lo mismo que si catára quatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar , y vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros , que los bravos llaman cañones. Sentámonos todos juntos á la mesa : aparecióse luego el alcaparron , y con esto empezaron (por bien venido) á beber á mi honra , que yo de ninguna manera , hasta que la ví beber , entendí que tenia tanta. Vino pescado , y carne , y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino , y allí se echaba de bruces el que queria hacer la razon. Contentóme la penadilla. A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra : menudeábanse los juramentos: murieron de brindis á brindis veinte , ó treinta sin confesion. Recetáronsele al Asistente mil puñaladas : tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado , y Gayón : derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes , lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. A mi compañero con estas cosas se le desconcertó el relox de la cabeza , y dixo algo ronco , tomando un pan con las dos manos , y mirando á la luz : Por esta , que es cara de Dios , y por aquella luz que salió por

la boca del Angel, que si vucedes quieren, esta noche hemos dar al corchete que siguió al pobre tuerto. Levantóse entre ellos un alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron solemnemente, poniendo las manos cada uno en el borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dixerón: Así como bebemos este vino hemos de beber de la sangre de todo acechador. ¿Quién es este Alonso Alvarez, pregunté, que tanto se ha sentido su muerte? Mancebo (dixo el uno de ellos), lidiador ahigado, mozo de manos, y buen compañero. Vamos que me retientan los demonios. Con esto salimos de casa á montería de Corchetes. Yo, como iba entregado al vino, y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertia el riesgo á que me ponía. Llegamos á la calle de la Mar, donde se encaró con nosotros la Ronda. No bien la columbraron, quando sacando las espadas la embestimos. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de Corchetes de sus malas almas al primer encuentro. El Alguacil puso la justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces. No lo pudimos seguir por haber cargado delantero; y al fin nos acogimos á la Iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la Justicia, y dormimos lo necesario para espumar el

vino que hervia en los cascós. Vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la Justicia dos Corchetes, y huido el Alguacil de un racimo de uva, que entonces lo eramos nosotros. Pasábamoslo en la Iglesia notablemente; porque al olor de los retraídos vinieron Ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales: vistióme de nuevo de sus colores: súpome bien, y mejor que todas esta vida: y así propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos días era Rabi de los otros Rufianes. La Justicia no se descuidaba de buscarnos: rondábanos la puerta; pero con todo de media noche abaxo rondábamos disfrazados. Yo, que ví que duraba mucho este negocio, y mas la fortuna en perseguirme (no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador) determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella á ver si mudando mundo, y tierra, mejoraria mi suerte; y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida, y costumbres.